

Fernando Higueras, la arquitectura de un explorador insaciable

Lola Botia nos abre las puertas del 'rascainfernos', el refugio subterráneo de Fernando Higueras, y nos acerca a la figura de un arquitecto extraordinario.

Por Daniel Díez Martínez Retrato Ana J. Revuelta

Fundación Fernando Higueras. Nos recibe en el 'rascainfernos', antigua vivienda y estudio del arquitecto y actual sede de la fundación. Ubicada en el jardín trasero de la que fuera la residencia familiar en el barrio madrileño de Chamartín, la casa se organiza alrededor de un patio excavado de ocho metros de altura e iluminado cenitalmente por cuatro claraboyas, un homenaje en clave urbanita a las arquitecturas populares subterráneas del sur de España que tanto fascinaban a Higueras.

"Me he pasado la vida diseñando viviendas para mis amigos artistas y yo, sin embargo, tengo que vivir en una cueva bajo tierra", bromeaba el arquitecto. En efecto, construyó casas para el pintor Lucio Muñoz, el guitarrista Andrés Segovia, la actriz Núria Espert o el multifacético César Manrique, con quien mantuvo una estrecha relación personal y profesional.

Las paredes del 'rascainfernos' están empapeladas con fotografías y planos de proyectos, muchos de ellos nunca construidos. También encontramos libros y objetos personales del arquitecto, que revelan a un artista multidisciplinar y polifacético: Higueras fue un gran arquitecto, pero también un talentoso dibujante de acuarelas, un brillante guitarrista y un fotógrafo destacado. "Fernando desplegaba pasión y dedicación por todo lo que hacía", explica Botia. "Y le dedicaba muchísimas horas. 'El arte no es un problema de inspiración, sino de transpiración'. Se lo oí decir mil veces. Y él predicaba con el ejemplo: no he conocido a nadie con esa dedicación y pasión hacia el trabajo".

En este viaje por el 'rascainfernos' es imposible no detenerse ante una pieza deliciosa: una reproducción a escala natural de un dibujo a lápiz realizado por Antonio López, colaborador y amigo personal de

FERNANDO HIGUERAS (Madrid, 1930-2008) pertenece a una generación de arquitectos que asumió la responsabilidad de avanzar hacia una nueva arquitectura que debía reflejar las aspiraciones de un país que deseaba mirar hacia adelante. Higueras respondió con una arquitectura sensual y alegre, que ostentaba un marcado carácter geométrico y vocación urbana escultórica, sin por ello descuidar la funcionalidad de la vida en los tiempos modernos. Megaestructuras, formas y composiciones volumétricas abstractas y rabiosamente contemporáneas que paradójicamente hundían sus raíces conceptuales en la arquitectura vernácula tradicional española y en los principios organicistas que se inspiraban en la naturaleza. Su innegociable independencia creativa y tenaz fe en la libertad individual le perfilaron como un arquitecto brillante e inclassificable, pero también como un iconoclasta incómodo y conflictivo, lo que acabó por relegarle a un inmerecido segundo plano aun cuando su legado construido es vasto y absolutamente brillante.

Enfrentarse a una figura tan compleja requiere ayuda, y sin duda Lola Botia es la guía perfecta para acompañarnos en este viaje. Fotógrafa, colaboradora en el estudio y compañera del arquitecto durante más de 30 años hasta su fallecimiento en 2008, es también la directora de la

Página anterior: para Lola Botia, la sede de la Fundación Fernando Higueras que ella misma dirige, popularmente conocida como el 'rascainfernos', tiene muy poco de infernal. ¿Qué tiene de especial este espacio? "La intimidad y recogimiento que sientes en su interior. Llegas de la calle, cruzas una puerta y parece que estás entrando en el paraíso".

Higuera, del Centro de Restauraciones Artísticas en la ciudad universitaria de Madrid, popularmente conocido como la 'Corona de Espinas'. Este es sin duda uno de sus proyectos más emblemáticos: una megaestructura colosal de elementos modulares de hormigón visto cuya tozudez geométrica el arquitecto relacionaba con estructuras de fábrica de ábsides medievales. Como remate, una corona de tetraedros de cristal, que le confiere al edificio un aspecto mineral y que sirve para verter luz a un espacio interior asombroso. La 'Corona de Espinas' le valió a Higuera el Premio Nacional de Arquitectura en 1961, a la tierna edad de 31 años, y actualmente cuenta con la declaración de Bien de Interés Cultural por la Comunidad de Madrid y está catalogado por la Unión Internacional de Arquitectos como una de las 24 edificaciones más interesantes de Madrid.

En otra pared nos encontramos los planos de otro de sus proyectos más interesantes, capricho de cualquier madrileño con sensibilidad brutalista: el bloque de viviendas para el Patronato de Casas Militares en la glorieta Ruiz Jiménez, esos jardines colgantes babilónicos

cuyos balcones, en lugar de mirar al Éufrates, se abren a las calles de Chamberí. Más allá del carácter escultórico de esa hermosa sucesión rítmica de terrazas de hormigón rugoso felizmente interrumpida por el verde de las enredaderas, el proyecto presenta una propuesta urbanística atrevida que permitió a Higuera ensayar una nueva concepción de patio interior abierto. El arquitecto fragmentó una manzana histórica enorme, y la esculpió para generar nuevas vías con distinta carga de tráfico, encerrar pasadizos y calles interiores que diluyeran los espacios públicos y privados, alojar bajos comerciales, y discurrir un sistema de huecos y rampas que elevaran los garajes –una parte del edificio a la que los arquitectos rara vez tratan con cariño– a la categoría de escultura espacial.

Cuando Higuera fue a Lanzarote, transformó el urbanismo en una actividad más compleja y transversal, y anticipó antes que nadie la necesidad de incluir aspectos de otras disciplinas tales como la ecología y la sociología en sus presupuestos metodológicos. En la isla trabajó como arquitecto municipal en varios municipios, a los que asesoró durante años sin percibir honorarios y



Izquierda: vista exterior del Centro de Restauraciones Artísticas, actual Sede del Instituto del Patrimonio Cultural de España, y popularmente conocido como la 'Corona de Espinas' (Ciudad Universitaria, Madrid, Fernando Higuera en colaboración con Antonio Miró, 1965-1985). Derecha: terrazas de las habitaciones del Hotel Las Salinas (Costa Teguise, Lanzarote, 1973-1977).



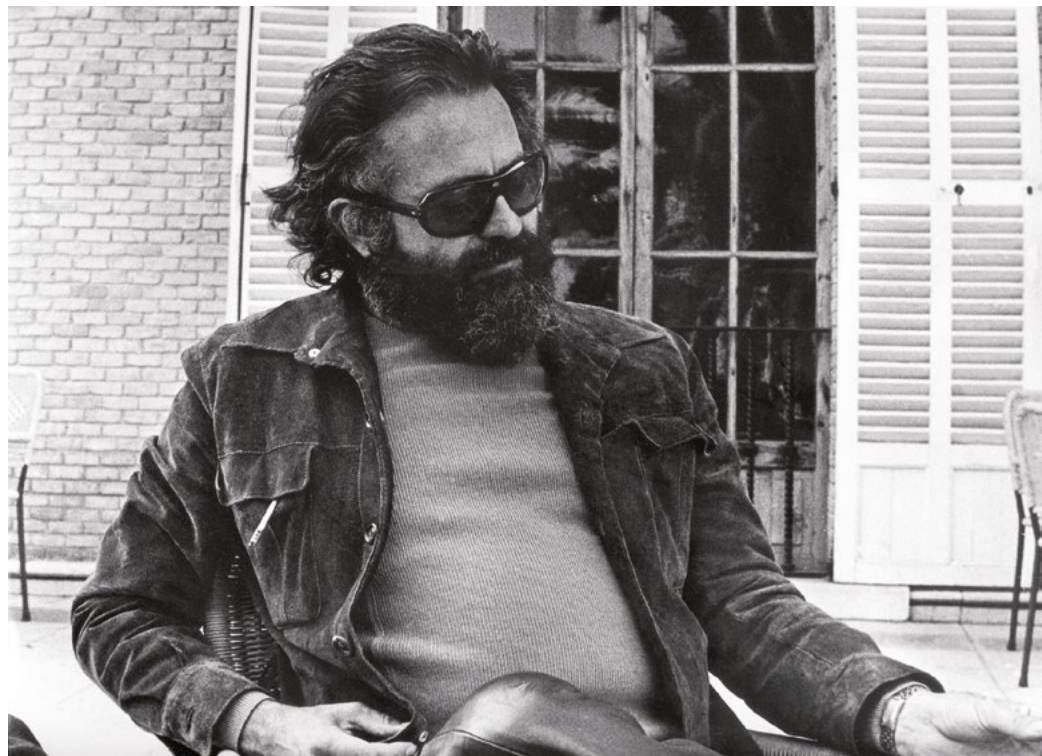
FOTOS POR CORTESÍA FUNDACIÓN FERNANDO HIGUERAS. FOTOGRAFOS: LOLA BOTIA, FERNANDO HIGUERAS, MIGUEL PALACIOS (2)

Megaestructuras, formas y composiciones volumétricas abstractas y rabiosamente contemporáneas conjugan una arquitectura sensual y alegre, con un marcado carácter geométrico y vocación urbana escultórica.

participando en decisiones que fueron determinantes para el proceso de conservación impulsado por César Manrique. Allí también construyó el Hotel Las Salinas, un titán de elementos modulares de hormigón blanco que el afamado crítico de arquitectura Óscar Tusquets califica como “el mejor ejemplo de arquitectura turística de nuestro país y quizá del mundo”. Sin embargo, para Higuera, el verdadero interés de trabajar en Lanzarote residía en preservar aquel paisaje volcánico de playas de arena negra y cultivos de viñas en el malpaís de lava. “Lo mejor que hice en Lanzarote fue lo que no quise hacer”, diría el arquitecto.

Los años 60 y 70 representan en la carrera de Higuera un periodo dorado de muchísimo trabajo y reconocimiento profesional a nivel internacional, que le llevaron incluso a ser nominado al Premio Pritzker, el galardón más prestigioso del mundo de la arquitectura. Sin embargo, tal como apunta Lola Botia, “el éxito desgasta y genera envidias”, lo cual, unido al temperamento polémico del arquitecto, le hicieron caer en un absurdo ostracismo. “Desde luego fue un hombre bastante excesivo y políticamente incorrecto. Cuando era crítico con algo o con alguien era

tremendo, y yo creo que esa actitud acabó por pasarle factura”, se lamenta Botia. Su compañera recuerda con humor cómo en una ocasión un amigo de Higuera le recomendó aprender a jugar al golf, puesto que “en los campos se cerraban muchos tratos y encargos”. El arquitecto se limitó a responder con una sonora risotada. Un rebelde



FOTOS POR CORTESÍA FUNDACIÓN FERNANDO HIGUERAS. FOTÓGRAFOS: LOLA BOTIA, FERNANDO HIGUERAS, MIGUEL PALACIOS (3)

Página anterior de arriba a abajo: cúpula interior del Museo y Centro Cultural López Torres (Tomelloso, Ciudad Real, Fernando Higuera en colaboración con José Benito, 1980-1985); retrato del arquitecto. Arriba: rampa de acceso al garaje de las viviendas para el Patronato de Casas Militares en la glorieta Ruiz Jiménez (Madrid, Fernando Higuera en colaboración con Antonio Miró, 1967-1975).



permanente, Botia también recuerda cuando iba a buscarlo a la piscina, donde acudía por prescripción médica, y se lo encontraba leyendo el periódico y con el bañador totalmente seco. “Lolita, ¿vamos a por un café con churros?”, le decía. El personaje acabó devorando al arquitecto, y su estilo de vida heterodoxo se convirtió en una fuente inagotable de historias sobre sexo, drogas y despilfarros. “Hay cierto mito alrededor de la vida de excesos de Fernando”, aclara quien mejor le conocía. “Lo que sucedió es que tuvo que vivir a los 50 años lo que no había vivido a los 20 por haber estado tan inmerso en su trabajo. Eran tiempos muy sugerentes y atractivos, los años 80 en Madrid, y la cueva se convirtió en un lugar de encuentro de pintores, músicos, cineastas y poetas”.

Enric Miralles lo adoraba, y Ricardo Bofill llegó a afirmar que Higuera era el talento más desperdiciado de la arquitectura española. Ajeno a las cambiantes dictaduras de las modas, la obra de Higuera mantiene ese halo de contemporaneidad perenne que, a juicio de Botia, “comunica muy bien con las nuevas generaciones aunque,

desafortunadamente, si no dan con el profesor adecuado en la universidad, ni siquiera les suena su nombre”. Resuelta a solucionar ese olvido injusto, Botia presenta *Fernando Higuera. Desde el origen*, que se inaugura el 27 de febrero en el Museo ICO de Madrid. “Es una gran responsabilidad”, asegura Botia, “pero Fernando me enseñó a mirar con sus ojos, así que comisariar esta exposición me ha motivado muchísimo”. La muestra propone un recorrido cronológico por toda la obra de Fernando Higuera, con maquetas originales de la época, fotografías, planos y audios en los que el arquitecto habla sobre sus edificios y su concepción de la arquitectura. “También encontraremos gran cantidad de obra completamente desconocida para la mayoría, además de acuarelas, esculturas, dibujos y otras cosas curiosas. Además, hemos preparado un catálogo en el que se desarrollan más de 70 proyectos. Espero que despierte un gran interés”, asegura Botia, visiblemente orgullosa.

Nuestra expedición por el ‘rascafiernos’ llega a su fin. Pero para los que no tengan la suerte de poder visitarlo en persona como nosotros, no se preocupen. La planta baja del Museo ICO mostrará una recreación de este espacio con todo tipo de objetos traídos del estudio del arquitecto. Un viaje imprescindible. ▣